

RODOLFO PUIGGRÓS

LAS DOS CARAS DE LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

EL MUNDO entero se industrializa. Ni las llamadas “zonas marginales”, por renuentes que sean a abandonar sus anquilosadas estructuras precapitalistas, pueden sustraerse al proceso general. El irresistible avance de la industria condena a muerte tanto a las formas de producción artesanales y domésticas cuanto a las del capitalismo que ha sido superado por la economía y la propiedad sociales. La técnica industrial penetra en las actividades agropecuarias y transforma sus métodos de trabajo, eleva su productividad y encauza las leyes objetivas de la naturaleza. Desde las remotas comunidades del Tibet hasta los desérticos trópicos del Beni boliviano, la misma ambición industrialista se adueña de la humanidad y le da una visión material del mundo, en reemplazo del enfermizo subjetivismo espiritualista que durante milenios alienó al hombre a los fetiches creados por el hombre, al trabajo como maldición, al dinero como poder de los poderes. Todo el pasado se desploma al cruzar los umbrales de la era atómica y cada día son más aisladas y débiles las voces que predicán el estancamiento en las viejas maneras de vivir y pensar o el imposible retorno a los tiempos históricos que pronto se esfumarán en la prehistoria.

Cuando hablamos de industrialización o revolución industrial nos referimos a un aspecto de los grandes cambios a que asistimos y de los que participamos, a un aspecto que desglosamos del conjunto con fines exclusivamente expositivos. Todos los fenómenos se conectan entre sí y ejercen una influencia mutua por alejados que parezcan unos de otros. La industrialización participa de la plena materialidad del universo en cuanto es factor determinante de las transformaciones esenciales que se operan en la conciencia y en la existencia del hombre de nuestros días.

La revolución industrial presenta dos caras en la historia o, para decirlo con toda claridad, hay dos revoluciones industriales: la del nacimiento del capitalismo y la del génesis de la sociedad socialista. La primera

corresponde a los orígenes capitalistas de los países clasificados como desarrollados y la segunda se inició con la construcción del socialismo en la Unión Soviética e impele a los países clasificados como subdesarrollados a alcanzar y superar a aquéllos más allá del capitalismo.

Sería equivocado suponer que, al industrializarse, los países subdesarrollados no hacen más que imitar tardíamente a los países capitalistas desarrollados, o sea que llegan a la revolución industrial con dos siglos de atraso y por los mismos caminos que Inglaterra, Francia, Alemania o Estados Unidos. La teoría del eterno retorno del capitalismo convierte en pura y hueca abstracción lo que fue realidad viva en una época hoy agonizante y sin posibilidad de restauración. Es sustentada por economistas, más o menos influenciados por Keynes, que ofician de curanderos del capitalismo, al que identifican con la humanidad misma y fuera del cual no ven más que caos y tinieblas.

La actual industrialización de los países subdesarrollados representa, en el sentido histórico, la antítesis de la industrialización de los países capitalistas desarrollados y la reparación o negación de las consecuencias desquiciadoras y esclavizantes que la revolución industrial de los siglos pasados tuvo en las sociedades atrasadas del planeta. Quienes abrazan la causa de la "libre empresa" capitalista, correspondiente a la primera revolución industrial, no hacen más que transferir mecánica e idealmente a la realidad contemporánea una concepción pasatista absolutamente opuesta a esta realidad.

La primera revolución industrial sembró el hambre y el desorden en las zonas escasamente desarrolladas. Los intelectuales iluministas se esforzaron en dulcificarla con sus denuncias de la barbarie y la incultura de las masas y sus promesas de libertad, progreso y democracia, pero la verdad es que sus estragos se extendieron a países de cultura milenaria, como India y China, civilizados cuando Europa estaba sumida en el salvajismo y a los cuales Europa debe su iniciación en la ciencia y en la técnica, primero, a través de los griegos, y luego, por intermedio de los islamitas.

El telar mecánico de Lancashire dejó en la ruina a los tejedores de las provincias argentinas y de los Estados de la India. Ni Irlanda se salvó de lo que un autor ha llamado "las calamidades de la revolución industrial" y en diez años (1840 a 1850) perdió por inanición, enfermedades y emigración la quinta parte de sus habitantes. Federico Engels decía:

Inglaterra debía convertirse en la "oficina del mundo": todos los países debían convertirse, para Inglaterra, en lo que ya era Irlanda: mercados para sus productos industriales, fuentes de suministro de materia prima y de los

medios de subsistencia. Inglaterra, gran centro de un mundo agrícola, con un número siempre creciente de satélites productores de grano y algodón, girando en torno a este sol industrial. ¡Qué maravillosa perspectiva!¹

La revolución industrial (1760-1830) fue la tabla de salvación de Inglaterra. Sin ella hubiese sido una nación decadente de agricultores tejedores, artesanos y grandes señores, de seres sometidos al flagelo del hambre y la peste, como los hindúes y chinos de entonces. Pudo librarse de tan triste suerte gracias al genio de decenas de inventores, en su mayoría anónimos, que al crear nuevos métodos de producción crearon también nuevas formas de organización de la industria y del trabajo. Llegó a elevarse muy por encima del nivel de vida asiático —del destino de los países cuya población crecía, mientras su producción disminuía en grado relativo y hasta absoluto— merced a la revolución industrial que hizo fracasar los negros pronósticos de Thomas Malthus.

No está de más recordar que la revolución industrial se financió por medio de la acumulación primitiva, es decir, por el pillaje más escandaloso de los bienes de los campesinos. Fue una operación violenta y sanguinaria al extremo.² Una vez que los antiguos tejedores-agricultores quedaron reducidos a la miseria más atroz, sin pan y sin techo, se los arrastró, engrillados y apaleados como criminales, a talleres y fábricas donde reinaba el trabajo forzado. Así se explica que si los agricultores se vengaban del despojo incendiando los campos, los obreros o proletarios (*workingmen*) reaccionaban ante la violencia que los esclavizaba destruyendo las máquinas. Pues aún no podían entrever que las máquinas se convertirían, de instrumentos de la burguesía para acentuar al máximo la explotación del trabajo, en instrumentos del proletariado para emancipar a la humanidad de toda explotación.

La expropiación de los campesinos y la acumulación primitiva no hubiesen sido posibles sin el apoyo y la intervención directa del Estado. El Estado inglés fue la herramienta que emplearon los capitalistas y terratenientes para expropiar y dejar “libres como los pájaros” a los tejedores-agricultores y luego para transformar a esos “hombres libres” en asalariados. Como escribía Marx:

¹ Federico Engels: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, 1946, Editorial Futuro, Buenos Aires, 13. Ver también T. S. Ashton: *La révolution industrielle*, Plon, París, 1955.

² Un político inglés contemporáneo mencionó los “horrores mecanizados de la revolución industrial” al enumerar los riesgos de mutilación y muerte que comportaban la mayor profundidad de las minas y la complejidad de las máquinas.

Todos ellos (los primeros empresarios capitalistas) emplearon el poder del Estado —la fuerza concentrada y organizada de la sociedad— para precipitar de manera violenta la transformación del modo feudal de producción al modo capitalista, y acortar así el período de transición.³

Sin la activa y predominante intervención del Estado no se hubiese impuesto el liberalismo burgués (las libertades burguesas, la democracia burguesa) que hoy se vuelve, en el orden mundial, contra el Estado, lo odia y niega, en la medida que se le escapa de las manos y pasa a ser herramienta de liberación de las masas trabajadoras. Tampoco sin la intervención directa del Estado se conciben los primeros pasos del capitalismo. Explica el profesor E. S. Mason:

La mayoría de los norteamericanos no se dan cuenta del grado en que los gobiernos federales y estatales promovieron el desarrollo económico primitivo de los Estados Unidos, a través del abastecimiento de capital social en la forma de canales, ensanche de ríos, caminos de peaje, ferrocarriles, instalaciones portuarias, etc. La construcción gubernamental de obras públicas de esta especie fue, claro está, esencial para la expansión de la inversión privada.⁴

Este impulso original del Estado al desarrollo capitalista no fue privativo de Inglaterra y Estados Unidos. En todos los países que entraron en el capitalismo sucedió lo mismo.

El Estado en sí no puede calificarse de progresista o reaccionario, opresor o emancipador. Depende de su contenido de clase y del carácter de su intervención en el proceso socio-económico. Puede conducir al socialismo como puede retrotraer al absolutismo o a la tiranía de los terratenientes y capitalistas de acuerdo a las circunstancias históricas. La burguesía ha pasado del estatismo al antiestatismo y viceversa, sin dejarse guiar por otro principio que su interés de clase. Conquistó sus libertades —el individualismo burgués clásico— destruyendo al feudalismo (a la servidumbre en el campo, a las corporaciones en las ciudades) y creando, como negación de las libertades de las masas trabajadoras, el régimen del asalariado. Dio ese gigantesco salto cualitativo por medio de un poderoso Estado centralizado. Durante ese período de ascenso hizo del Estado el *Deus ex machina* de la sociedad capitalista. Sus filósofos, sus sociólogos, sus economistas y sus políticos lo idealizaron al punto de colocarlo en los

³ Carlos Marx: *El capital*, Edición Kerr, I, pág. 823.

⁴ E. S. Mason: *Promoting Economic Development*, Claremont, California, 1955, página 47. Cit. Paul A. Baran: *La Economía Política del crecimiento*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1959, pág. 163.

altares en el lugar antes ocupado por el Dios único. Hegel, el más alto pensador de la burguesía, lo definió como

la realidad de la Idea ética, el Espíritu ético en cuanto voluntad patente, clara para sí misma, substancial, que se piensa y se sabe, que cumple lo que él sabe y cómo lo sabe (...). La divinidad que sabe y quiere de sí(...).⁵

Ni siquiera vale el argumento de que los fisiócratas y los economistas clásicos, encabezados por Adam Smith, defendían las libertades de los procesos económicos y el libre juego de las leyes sociales, pues ellos no solicitaban una sociedad sin Estado, sino un Estado que asegurara a la sociedad aquellas libertades y aquel libre juego como condición para el progreso de la burguesía como clase en oposición al Estado y a las restricciones del feudalismo.

Pero bastó que el proletariado se diera como objetivo concreto de sus luchas la conquista del Estado y comenzara a lograrlo en sucesivas victorias revolucionarias para que, la burguesía retirara al Estado de los altares, le negara contenido ético y derramara lágrimas por sus libertades perdidas o amenazadas. “¡Nada está fuera de Mí, por encima de Mí, todo es para Mí!”, exclama con el anarquista Max Stirner, fundador de “la asociación de los egoístas”.

Y no es rara la coincidencia, pues hoy el antiestatismo de los anarquistas está tan cerca del individualismo nihilista de la decadente burguesía como alejado de la solidaridad creadora de la clase obrera.

Si la primera revolución industrial, la de la época del capitalismo ascendente, contó con la enérgica intervención del Estado a favor de la burguesía, esta otra, la revolución industrial que estamos viviendo, requiere una intervención más enérgica y definitiva todavía a favor de las masas trabajadoras. El Estado burgués no estaba capacitado para cumplir hasta el fin sus funciones, para fortalecerse y desarrollarse al extremo de disolverse en la sociedad, de desaparecer como Estado. No podía y no puede crecer y perfeccionarse indefinidamente por ser el producto de contradicciones sociales irresolubles e insuperables dentro de su propia esfera, por ser el baluarte de la explotación de la mayoría trabajadora por la minoría capitalista. Al alcanzar determinado grado de madurez, el Estado burgués se niega a sí mismo, no como Estado en sí, sino como Estado burgués, como Estado incapaz de salvaguardar los intereses de las clases

⁵ Guillermo Federico Hegel: *Líneas fundamentales de la filosofía del Derecho*, Claridad, Buenos Aires, pág. 220.

que representa, y éstas se hacen anarquistas, enemigas del Estado en sí, partidarias de la "libre empresa", de la libertad absoluta del individuo, del Mí abstracto por encima de la Sociedad concreta.

Quiere decir que la burguesía termina su ciclo histórico allí donde el proletariado comenzó el suyo. Los obreros destruían las máquinas y repudiaban al Estado en general cuando no concebían ni remotamente la conquista del poder político para sus fines de clase. Ahora los términos se han invertido: la burguesía comprueba con espanto que el progreso de la ciencia y de la técnica que en otros tiempos le dio el dominio del mundo ha llegado a un límite más allá del cual aparece, sin remedio, su exclusión de la arena de la historia, y que el Estado que fue su instrumento de destrucción del feudalismo y gestación del capitalismo se vuelve contra ella y pasa a ser, inevitablemente, el arma del proletariado y de las masas trabajadoras para construir la nueva sociedad socialista.

Hemos dicho que la industrialización actual de los países subdesarrollados es, en el sentido histórico, la antítesis de la industrialización, que tuvo origen, directo o indirecto, en la revolución industrial de los siglos XVIII y XIX. ¿En qué medida aquélla se manifiesta como antítesis de ésta? Responder a la pregunta equivale a ir a la raíz misma del problema que fluye de la industrialización de los países subdesarrollados y, en particular, de la de los latinoamericanos.

La revolución industrial de los años 1760-1830 en Inglaterra (y su secuela o su paralelo en Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Japón) afirmó y desarrolló la propiedad privada de los medios de producción e intercambio, la propiedad privada capitalista. Lo peculiar de la actual industrialización de los países subdesarrollados reside en que no puede avanzar sin afirmar y desarrollar la economía y la propiedad sociales. En tal sentido ésta es la antítesis de aquélla. Hoy la industrialización conduce a la economía y a la propiedad privadas.

Al iniciarse en la URSS la construcción del socialismo y la planificación de la economía, los economistas del capitalismo declararon que no tardaría en volver a la "economía libre" individualista, pues tanto el socialismo como la planificación no pasaban de utopías contrarias a la "naturaleza humana". Pero la gran crisis de 1929 planteó, de manera contundente y en el terreno práctico, el contraste entre los dos sistemas, y en vez de cumplirse los pronósticos de los economistas del capitalismo resultó lo opuesto: éstos tuvieron que admitir ciertas formas de estatización y de socialización como únicos medios de salvar al conjunto del régimen. Así nació la teoría keynesiana, cuya falacia consiste en la pretensión de con-

ciliar algo tan inconciliable como la economía social y la propiedad privada.

Las tesis reumáticas del autor de *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* ejercen gran influencia y tienen enorme atractivo en los sectores decadentes que, temerosos del porvenir, quieren remendar al sistema capitalista en descomposición.⁶ Tal es la explicación del eclecticismo y de la permanente inestabilidad ideológica de economistas burócratas, a quienes los consorcios imperialistas confieren la tarea de dosificar la porción de economía social que puede absorber la economía capitalista sin correr peligro el monopolio. Keynes oponía a la planificación social del conjunto de la economía la planificación parcial de las inversiones de los accionistas. Tenía, a este respecto, cierta semejanza con Eduardo Bernstein, el revisionista del marxismo que a fines del siglo pasado sostenía que se llegaría a la sociedad socialista a medida que la creciente riqueza se distribuyera entre los obreros y aumentara numéricamente la clase media. Uno y otro pretendían reducir la sociedad al común denominador de una democracia de accionistas.

Keynes se esforzó en curar los males del capitalismo aplicando remedios a un cuerpo viejo y enfermo,⁷ pero las nacientes economías de los países subdesarrollados rechazan esos remedios. Necesitan para vivir y crecer el clima y el alimento de la economía social sin retaceos. La industrialización, dentro de la economía y la propiedad sociales, no sólo significa para ellos la antítesis del sistema que originó la revolución industrial de los siglos XVIII y XIX, sino también la reparación de las consecuencias destructoras y esclavizantes que esa revolución industrial tuvo en las áreas atrasadas del planeta.

La economía y la propiedad sociales han dejado de ser hace rato meros postulados teóricos. Han triunfado en la prueba irrefutable de la práctica. Claro está que los sociólogos y economistas que desde hace cuarenta años cierran los ojos a la realidad y declaran inexistentes los cambios iniciados por la Revolución Rusa, o los desprecian como ajenos a la humanidad, terminan por ser víctimas de su automutilización intelectual y reemplazan

⁶ Lord Beveridge (*Full Employment in a Free Society*, London, 1944, página 112) declaró abiertamente su incredulidad en esos remiendos al afirmar: "El único remedio soberano hasta ahora descubierto para el desempleo es la guerra total."

⁷ Dobbs (*Modern Quarterly*, 1950, Vol. V, núm. 2, pág. 129) dice que Keynes "quiso separar del capitalismo sus elementos parasitarios para salvarle la vida". No agrega Dobbs que el capitalismo mismo, como sistema, se ha convertido en parásito.

la objetividad de la ciencia por impulsos subjetivos que los conducen a una concepción progresivamente disparatada del proceso social. La URSS demostró, en los hechos, que la industrialización no debe ser necesariamente capitalista y que la economía y la propiedad burguesas se han trasmutado de motores en obstáculos del progreso de la industria. Estas comprobaciones pueden agrandar o desagradar, del mismo modo que puede agrandar o desagradar que el hombre descienda del antropopiteco y no sea la obra del Divino Hacedor, pero cuando la ciencia se desvía hacia la apologética y solamente busca complacer a las clases dominantes deja de ser ciencia, por prestigiosos que sean sus cultores.

La verdad es que la economía y la propiedad sociales avanzan triunfalmente en el mundo. El profesor belga Paul Lambert informa —en su libro *Bilan de l'economie collective dans le monde*, trabajo presentado al Segundo Congreso de la Economía Colectiva, realizado en Lieja— que la población mundial se distribuye así:

- 33% en países cuyos medios de producción y transporte se han nacionalizado integralmente o en gran parte, con planificación centralizada del Estado y con un Estado que dirige toda la economía;
- 26% en países de economía privada, en los cuales el papel regulador del Estado aumenta sin cesar en el curso de un proceso de creación de propiedad social, con ciertas formas de planificación en desarrollo que limitan el derecho a disponer libremente de la propiedad privada; y
- 41% en países de economía subdesarrollada, en los cuales la lucha por acelerar el desarrollo económico forma un sector de economía social e implanta la planificación y otras formas de reglamentación (Birmania, América Latina, India, etc.).⁸

Ni en Estados Unidos —último refugio y baluarte de la economía y la propiedad privadas— dejan de penetrar la economía y la propiedad sociales. La catástrofe económica de 1929 —con la caída vertical de la producción y de los ingresos— obligó a arrojar por la borda las viejas teorías sobre el automatismo del mercado, la libre lucha por la vida de los empresarios capitalistas para que “triunfen los mejores” y otros postulados liberales de la época de la economía individualista competitiva. Con el *New Deal* de Franklin Delano Roosevelt, el Estado inició una forma de reglamentación y orientación de la economía que prosigue hasta ahora en la política crediticia, en la política de precios, en la política fiscal y en los subsidios. Mediante el control de los precios (energía eléctrica, transportes, etc.), el pago a los desocupados y a los veteranos, las subvenciones

⁸ Paul Lambert: *Bilan de l'economie collective dans le monde*, Liège, 1955.

a los agricultores y la construcción de obras públicas se arbitraron instrumentos destinados a impedir el colapso del sistema capitalista que nada tenían de común con las doctrinas apologeticas del individualismo económico sustentadas por los antiguos autores, catedráticos y estadistas de Estados Unidos. Numerosos institutos estatales, dedicados al estudio de las tendencias del desarrollo económico (estadísticas, análisis, pronósticos, proyectos, etc.), como *The Council of Economic Adviser*, efectúan una planificación detallada para periodos más o menos largos con el objeto de determinar la marcha del conjunto del sistema. Por otra parte, el Estado inició la redistribución de la renta nacional valiéndose del impuesto progresivo a la renta personal (del 20% al 80%) y a las ganancias de las empresas (52%). El presupuesto estatal, que en 1929 absorbía el 3% de la renta nacional, en 1955 absorbió el 25% y es actualmente un factor importante en la marcha de la economía del país. El número de funcionarios federales pasó de 860 000 en 1929 a 2 175 000 en 1955.⁹

Lejos de mirarla con malos ojos y de poner obstáculos a su cumplimiento, los consorcios yanquis secundaron una política que, como la de Roosevelt, apuntalaba la estructura del edificio sacudido por el terremoto de 1929 y trasladaba al Estado la responsabilidad y las cargas del *New Deal*. Los agricultores y los desocupados se calmaron con medidas tan ajenas al libre juego de las leyes económicas como la de los subsidios, y los millonarios tuvieron que modificar su filosofía para adaptarla a los nuevos tiempos, pues la ruda elocuencia de los hechos les había demostrado que sin la intervención del Estado no mantendrían en adelante sus posiciones dominantes en la economía y en la política.

Roosevelt inauguró el *New Deal* con la colaboración de funcionarios profesionales, es decir, de personas aparentemente colocadas por encima de las clases sociales, pero pronto dos tendencias, una práctica y otra teórica, crecieron hasta dominar la escena. Al final de la administración de Roosevelt, y con mayor amplitud durante las de Truman y Eisenhower, los monopolios y oligopolios yanquis destacaron a sus hombres representativos

⁹ *The Economic Almanach*, 1955. La economía y la propiedad sociales avanzan igualmente en Europa Occidental. Gran Bretaña nacionalizó el agua corriente, el gas, la energía eléctrica, el carbón, los transportes, la radio, la energía atómica, el Banco Nacional; Francia, el gas, la energía atómica, el carbón, la energía eléctrica, los ferrocarriles, algunas empresas de productos químicos y fábricas de automóviles, el Banco Nacional, los seguros; y lo mismo sucedió en Austria, Bélgica, Holanda y los países escandinavos. El mentado "milagro de Alemania Occidental" se debe al papel desempeñado por el Estado en la restauración y la planificación de la economía y al nuevo tipo de relaciones entre patronos y obreros.

para que desde las altas esferas del gobierno encauzaran la política estatal hacia la defensa y la acentuación de sus privilegios, mientras el senador Joe MacCarthy desataba su “cacería de brujas” con el objeto de expurgar a los centros de poder (administración pública, universidades, institutos de investigación, etc.) de los “aquejarres” de marxistas, semimarxistas, un milésimo de marxistas y seudomarxistas. Con Kennedy en la presidencia dicha tendencia práctica se realiza plenamente, no para restaurar al sistema imperante antes del *New Deal*, pues tal sistema dio lugar para salvar al capitalismo precisamente al *New Deal*, sino para que los monopolios y oligopolios intenten aplicar el tan desesperado cuan imposible proyecto de planificar la economía mundial en beneficio propio. Esta tendencia, la última del imperialismo yanqui, ha engañado a algunos sociólogos idealistas, sedicentemente marxistas, que creen en la factibilidad de la “integración mundial del capitalismo” bajo el comando de Estados Unidos.¹⁰

La adaptación de los monopolios y oligopolios yanquis a los nuevos tiempos —su proyecto de planificación mundial imperialista— requería una nueva doctrina económica que conservara incólumes los fundamentos del capitalismo: la propiedad privada y la obtención de la ganancia. Esta doctrina fue proporcionada por el inglés John Maynard Keynes, contratado en 1934 por Estados Unidos para formar el plantel de economistas que difundirían y aplicarían las recetas de una pregonada nivelación de la producción, el empleo y el ingreso, y trabajarían por establecer una armonía interna del capitalismo a “corto plazo”, es decir, no permanente, sino transitoria. Después: el diluvio.

Los países coloniales y dependientes fueron así atacados por el imperialismo yanqui desde dos frentes: desde el frente político-económico mediante la constitución de gobiernos (golpes de Estado, desviación de la ruta nacional, introducción de agentes) dispuestos a servir de instrumentos a los proyectos de integración de la economía mundial elaborados por los consorcios yanquis y desde el frente ideológico a través de los discípulos de Keynes distribuidos estratégicamente en ministerios, secretarías, directorios y organismos nacionales e internacionales.

Pero la planificación imperialista no puede pasar de la superficie de las estructuras socio-económicas de los países donde se proyecta. Es una pla-

¹⁰ Silvio Frondizi: *La integración mundial, última etapa del capitalismo*, Buenos Aires, ADI., 1947; *El Estado moderno (Ensayo de crítica constructiva)*, Buenos Aires, Depalma, 1954; *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica*, Praxis, Buenos Aires, 2 tomos.

nificación de las inversiones extranjeras, del régimen de cambios, de las tarifas aduaneras, del nivel de desarrollo de la industria, de la productividad de la agricultura, del aporte de la minería, de las importaciones y exportaciones, etc. —sin olvidar las fuerzas armadas y la educación—, con vistas a someter a esos países al generalato de Estados Unidos. Su objetivo concreto no expresado es acrecentar al máximo las ganancias y el poder de los consorcios yanquis. Su objetivo abstracto expresado es preparar al mundo capitalista para defenderse del comunismo.

De los resultados de la aplicación de ese objetivo concreto elegimos dos ejemplos entre decenas: Venezuela y Argentina.

Venezuela ha sido convertida por las empresas yanquis en uno de los primeros productores y exportadores de petróleo del mundo, pero a la vez, y como corolario de la planificación imperialista, su agricultura, que otrora la abastecía, ha decaído al extremo de tener que importar maíz, huevos y otros artículos alimenticios, mientras el nivel de vida de los campesinos ha descendido al de los antiguos parias de la India y los obreros, atraídos por los altos salarios de las compañías petroleras, devuelven a las tiendas de mercaderías importadas y a las casas de placer fomentadas por las mismas compañías lo que les queda después de satisfacer sus magras necesidades a precios varias veces multiplicados. La patria de Bolívar está en pleno proceso de descapitalización, sin que llame a engaño el rápido enriquecimiento de una minoría por la vía de la corrupción y de la especulación que acompañan como la sombra al cuerpo a la entrada de los consorcios imperialistas en los países subdesarrollados.

Para conocer los frutos prácticos de la economía de la “libre empresa” en la Argentina —“libre empresa” que sucedió a un periodo de nacionalizaciones y economía planificada sobre la base de los factores internos de desarrollo— no es menester recurrir a las publicaciones clandestinas ni a las opiniones de los opositores al gobierno. Basta recorrer los titulares de los grandes diarios subordinados a las agencias informativas yanquis. Durante la semana comprendida entre el 8 y el 14 de mayo, *La Nación* de Buenos Aires publicó las siguientes noticias:

LUNES 8. Nuevos planes para contener el déficit del presupuesto. Liquidación de empresas nacionales que pasan a manos privadas: Dirección de la Industria de la Madera, IMPA, Talleres de Reparaciones Navales (Tarena). Arrendamiento por 20 años del astillero de la isla Demarchi. Disolución de organismos estatales, entre ellos la Dirección de Catastro y Topografía.

MARTES 9. Aumento en un 100% de las tarifas postales y telegráficas.

- MIÉRCOLES 10. Aumento de las tarifas de los transportes y traspaso de las líneas de ómnibus a la actividad privada.
- JUEVES 11. La Cámara de Senadores resuelve interpelar al ministro del Interior, a iniciativa del doctor Palacios, para que responda sobre la vigencia del estado de sitio, el número de detenidos (obreros, periodistas, adversarios políticos), las torturas a los presos, los periódicos y editoriales clausurados y las proscripciones por motivos ideológicos.
- VIERNES 12. Una misión del Banco Mundial llegó a Buenos Aires para informar sobre la situación económico-financiera de la Argentina. La CAP (Corporación Argentina de Productores de Carne) se refirió por nota al Presidente, de la situación insostenible del comercio de carnes.
- SÁBADO 13. La Federación Gremial de la Industria de la Carne dispuso un paro de 24 horas por aumento de salarios.
- DOMINGO 14. Esta mañana, a las 0 horas, se inició el paro de los obreros y empleados ferroviarios.

El lector nos perdonará por haber descendido de las alturas del pensamiento keynesiano a los menudos detalles de la vida de un país incorporado al reino de la "libre empresa", y de los proyectos de "integración mundial del capitalismo" a la realidad de un pueblo que no acepta la tiranía de los monopolios extranjeros. La prueba de la práctica siempre es la prueba definitiva.

Pasemos ahora a la comprobación de los resultados de la aplicación del objetivo abstracto, o dicho de otro modo, de la maniobra de distracción empleada por la estrategia del imperialismo yanqui.

El escritor boliviano Augusto Céspedes refiere en *El metal del diablo* que cuando un presidente de su país se preparaba a tomar medidas contra uno de los monopolios que lo explotaban y empobrecían, el directorio extranjero de este monopolio se reunió a los efectos de resolver la conducta que había que seguir. Las opiniones se dividieron: unos directores propusieron acusar al presidente rebelde de *nazifascista*, otros preferían financiar una campaña mundial para colgarle el sambenito de *comunista*. No les interesaba el pensamiento del presidente, sino la eficacia de la propaganda destinada a desprestigiarlo y aislarlo. Por último, el presidente, coronel Busch, fue asesinado.

El relato de Céspedes tiene vigencia universal. Es una definición que abarca toda la táctica del imperialismo. Ni un solo gobierno de nuestro continente que se oriente hacia la autodeterminación nacional dejará de ser tildado de *comunista* por los funcionarios y la propaganda de Estados Unidos. Para no caer en la herejía hay gobiernos que se ven constreñidos a maniobrar, a contemporizar, a compensar una política de desarrollo propio con una política de concesiones. Pero cuando el pronunciamiento

de las masas populares es rotundo y quiebra los puentes que unían al país con la planificación imperialista, entonces no tardan los funcionarios de los monopolios en arrojar a la cabeza del audaz caudillo de la causa de su Patria el calificativo de *comunista*. Luego encargarán a otros, sus periodistas y sus sociólogos, la demostración de que efectivamente lo es. Fidel Castro fue para ellos un abanderado del “mundo libre” hasta el momento en que, ya en el poder, tuvo que actuar como un político práctico.

Cada día le resulta más difícil a la estrategia del imperialismo evitar la ampliación de la zona mundial de la propiedad y de la economía sociales. Hay avances y retrocesos, países que de una política de nacionalizaciones vuelven a una política de “libre empresa”, pero el déficit crece en progresión geométrica y el balance es desastroso para la causa utópica de la “integración mundial del capitalismo” bajo la jefatura de los monopolios yanquis.

Esta segunda revolución industrial que estamos viviendo de asombro en asombro, esta revolución de la era atómica, no cabe dentro de los moldes estrechos y carcomidos de la propiedad y de la economía individualista, minoritarias, de explotación y opresión. Diversos grados del proceso, que van desde la nacionalización hasta la colectivización de los medios productivos y de intercambio, se extienden y perfeccionan para que la ciencia y la técnica no solamente sirvan a la comunidad, sino también progresen sin las limitaciones o las trabas que ya comienzan a hacer sentir su acción esterilizante en el país que pudo, con la riqueza de sus consorcios, darles el mayor desarrollo compatible con la existencia del capitalismo.